

## Editorial

En este número de Bitácora, la arquitectura de paisaje –tema que, junto con la arquitectura, el urbanismo y el diseño industrial constituyen nuestros contenidos– por primera vez abarca un número entero; se trata de una reflexión necesaria después de treinta años de su inicio como carrera universitaria independiente en nuestro país. Las personas que aquí escriben fueron invitadas expresamente a la conmemoración.

En la actualidad vivimos en un mundo que concentra sus esfuerzos en la explotación irracional de los recursos naturales, y por tanto, la conciencia ecológica adquiere mayor relevancia para alcanzar un futuro mejor. Las consecuencias del cambio climático son evidentes, tanto como la incapacidad de los gobiernos y las sociedades para establecer mejores relaciones entre los seres humanos y su medio ambiente. Un aspecto central para conseguirlo es resolver la aparente paradoja del binomio megalópolis-áreas verdes. La arquitectura de paisaje presenta alternativas reales a estos problemas de nuestras sociedades industriales: es prácticamente imposible concebir y ejecutar un proyecto paisajístico sin partir de la premisa de intervenir la realidad protegiendo los componentes de la naturaleza y sus procesos.

Desde el punto de vista de otras disciplinas más autocentradas, pensar en arquitectura de paisaje nos permite salir de la concepción caduca del diseño como una relación objeto-sujeto, idealizada en una abstracción que no considera el lugar –en el amplio sentido del término– ni la colaboración indispensable con otras disciplinas. A diferencia de la arquitectura o la ingeniería civil, que en la mayoría de los casos y por sus características intrínsecas utilizan la tecnología y el pensamiento científico para abordar sus productos de forma aislada, la arquitectura de paisaje aplica ese mismo pensamiento y tecnología de forma integral a todo el entorno.

Diseñar el paisaje implica incidir con la precisión de un bisturí en el entorno, concebir regiones en lugar de ciudades o edificios; comunidades, en lugar de individuos. Sorprende el enfoque del arquitecto paisajista, quien a la vez está consciente de las grandes superficies de nuestro planeta en su

interrelación con los cambios climáticos, y es capaz de distinguir las pequeñas especificidades biológicas y el importante trabajo de los insectos para la propagación de las especies vegetales y para nuestro bienestar en el planeta; desde una escala macro, como el paisaje de la Mixteca Alta, hasta una microtemporalidad como la flor de mayo, que sale una vez al año, por un par de días, de la negra roca del Pedregal.

A diferencia de la concepción tradicional de la arquitectura, los paisajistas no piensan en diseñar un edificio como un objeto cuyo momento más importante sea su inauguración –y las tomas fotográficas para la eternidad–; para ellos, la obra se piensa en grandes temporalidades. Están conscientes del paso de las estaciones, de las consecuencias de cada especie vegetal y animal en su relación con las otras, y de la erosión ocasionada por el agua y por el viento. Imaginan las consecuencias tanto de una semilla en el subsuelo como de las generaciones enteras de los componentes de un paisaje, que siempre estará en constante mutación. Su trabajo es observar desde la distancia la evolución de la región geográfica, de la tierra y de los seres vivos para hacer cuidadosos ajustes en ellos. Trabajan con la memoria del territorio, con el conocimiento de lo que se ha perdido y lo que se puede recuperar de ello, y al mismo tiempo, plantean una nueva forma de estar en el mundo. La belleza del paisaje es, entonces, sólo una consecuencia de consideraciones mucho más amplias.

Ésta es una de las pocas disciplinas que está creando profesionistas que transformen la manera tradicional y depredadora de intervenir la realidad material en cuanto se inserten en la práctica laboral. Las universidades impactan así a la sociedad y al mundo natural de manera casi inmediata. De ahí que los gobiernos, las universidades y la sociedad civil debieran invertir en la arquitectura de paisaje para poder contemplar el futuro con serenidad. Tenemos una gran urgencia, pero también oportunidades: las ciudades necesitan ser pensadas desde esta perspectiva, y nuestro planeta aún más.

Cristina López Uribe

La historia de la arquitectura y de la habitabilidad no puede ser concebida sin la arquitectura de paisaje, no obstante que no fue sino hasta finales del siglo XIX que Frederick Law Olmsted declarara la arquitectura de paisaje como una disciplina académica, en la Universidad de Yale.

En la UNAM tenemos 30 años impartiendo esta licenciatura con la convicción en la importancia del diseño, planeación, construcción y manejo del espacio abierto. Reconocemos que es más que un indicador en la evaluación de la ONU de la calidad de vida de los habitantes en las ciudades; más que una relación entre lo construido y lo natural; más que una relación multi, inter y transdisciplinaria que vincula el diseño, el compromiso social y las ciencias ambientales. En estos años, incluso, se ha construido en nuestra cultura urbana la conciencia respecto al beneficio social del espacio abierto, y al espacio público como uno de nuestros derechos al habitar la ciudad. Asimismo, se han consolidado los conceptos paisaje cultural y paisaje mexicano, así como la relación entre el patrimonio tangible e intangible. Incluso visualizamos el siglo XXI como el siglo de la arquitectura de paisaje, como respuesta al deterioro ambiental, al impacto en el planeta producto del cambio climático y a los desastres naturales, y también para la identificación de zonas de riesgo.

Sin embargo, la arquitectura de paisaje aún puede identificarse en todos sus ámbitos como la relación indisoluble e indispensable entre el hombre y la naturaleza; desde el jardín unifamiliar como la escala más íntima del paisaje, hasta los sistemas urbanos de naturación, son expresión de la relación arquitectura-arquitectura de paisaje.

La escala urbana la percibimos al día de hoy como el espacio público que nos envuelve, el espacio de todos. El espacio urbano es proyectado y ejecutado desde la mancuerna que el diseño urbano establece con la arquitectura del paisaje y el urbanismo, de forma que, en el área urbano-ambiental de los planes de estudio como el de nuestra Licenciatura en

Arquitectura, se ha integrado la sensibilización de nuestros estudiantes sobre la relación entre el objeto arquitectónico y su entorno, para dirigirla con una visión sostenible que la vincule con la escala regional. En este ámbito, las TIC han agilizado y permitido realizar análisis y diagnósticos más precisos para sustentar los proyectos, planes maestros y planes de manejo que coadyuven a la conservación ambiental y del paisaje, tantas veces ignoradas como parte fundamental de la problemática nacional.

La arquitectura de paisaje ha evolucionado, desde la poética del jardín y el *genius loci* de los romanos, a la lectura de la sociedad con Kevin Lynch, el diseño con la naturaleza de Ian McHarg, las teorías sociales y de participación comunitaria, así como aquéllas sobre la fundamentación sistémica del paisaje, que lo vinculan con los procesos de manejo y gestión para su uso y conservación.

En 30 años hemos formado más de dos centenares de arquitectos paisajistas en la Unidad Académica de Arquitectura de Paisaje de la UNAM, lo cual ha permitido consolidar el reconocimiento al trabajo de nuestros egresados. La semilla sembrada hace 30 años ha logrado rendir frutos, sin embargo, aún no son suficientes, en tanto que el deterioro del paisaje es un tema por atender en la agenda nacional con la rigurosidad y profundidad que amerita.

Hoy celebramos lo mucho que hemos logrado; sin embargo, aún hay un largo camino para la formación de arquitectos paisajistas en nuestra universidad y en otras entidades educativas, desarrollo que México demanda.

Este número de Bitácora se diferencia de su publicación habitual en tanto que ha buscado reunir las voces de los arquitectos paisajistas formados en la UNAM y en otras instituciones universitarias del país y en el extranjero, quienes reflexionan a través de sus propias experiencias profesionales, académicas y de investigación. Sin duda, tenemos en nuestras manos un testimonio invaluable: tres décadas de actividad académica.

Marcos Mazari Hiriart  
Profesor fundador de la Licenciatura  
en Arquitectura de Paisaje en 1995